



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

El libro de Daniel

VOCERO DEL DIOS DE LA HISTORIA

EXPONE

Pablo López



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



CLASE 11

Temario de todo el curso

Introducción al estudio del libro.

- Contexto histórico, autor, fecha y temas principales.
- La autenticidad de Daniel.

Parte I.

Las vivencias de Daniel. Capítulos 1 a 6

- Capítulo 1. Mantener convicciones en un sistema absorbente.
- Capítulo 2. Marcar diferencias en un sistema incoherente.
- Capítulo 3. Mostrar denuedo en un sistema intolerante.
- Capítulo 4. Ministrar fielmente en un sistema impenitente.
- Capítulo 5. Mirar distante en un sistema irreverente.
- Capítulo 6. Militar irrepreensible en un sistema intrigante.

Parte II.

Las visiones de Daniel. Capítulo 7 a 12.

- Capítulo 7. La visión de las cuatro bestias.
- Capítulo 8. La visión del carnero y el macho cabrío.
- Capítulo 9. La visión de las setenta semanas.
- Capítulo 10. La visión del varón vestido de lino.
- Capítulo 11. La visión de los reyes futuros.
- Capítulo 12. La visión del tiempo del fin.

Conclusión.

- El impacto de una trayectoria intachable.



Los enemigos de Daniel estaban al acecho. Apenas constataron que Daniel seguía “orando y rogando en presencia de su Dios”, se envalentonaron y encararon a Darío para recordarle su propio decreto: “¿No has confirmado edicto que cualquiera que en el espacio de treinta días pida a cualquier dios u hombre fuera de ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones?” (6:12).

La pregunta era evidentemente retórica. Tanto ellos, que habían propuesto la norma, como el rey, que acababa de firmarla, sabían de sobra que el decreto existía y que “conforme a la ley de Media y de Persia” no podía ser abrogado o derogado. Como vimos en el capítulo 2, una de las interpretaciones que se ofrece respecto a la calidad descendente en los metales de la imagen estatua que Nabucodonosor vio en sueños es, justamente, la menor autoridad personal de los gobernantes. Mientras el rey de Babilonia “a quien quería mataba, y a quien quería daba vida” (5:19), Darío no podía ni revocar su propio edicto.

Los sátrapas y gobernadores presionaron al rey: “Daniel, que es de los hijos de los cautivos de Judá, no te respeta a ti, oh rey, ni acata el edicto que confirmaste, sino que tres veces al día hace su petición. Es interesante como los enemigos tratan de hacer parecer la actitud de Daniel como un ataque personal contra la investidura y autoridad del rey. Incitan el orgullo de Darío para que actúe severamente contra el anciano profeta. Pero el rey apreciaba a Daniel. Por eso, cuando por fin le cayó la ficha y entendió el objetivo del edicto que tan livianamente accedió a firmar, “le pesó en gran manera, y resolvió librar a Daniel; y hasta la puesta del sol trabajó para librarle. Pero aquellos hombres rodearon al rey y le dijeron: Sepas, oh rey, que es ley de Media y de Persia que ningún edicto u ordenanza que el rey confirme puede ser abrogado” (6:14-15). La suerte estaba echada. Era demasiado tarde para arrepentirse.

Esto nos alerta de lo difícil, por no decir imposible, que es esperar que el sistema sirva para un buen fin. Es cierto que hay algunos, aunque no son creyentes, son buenas personas y manejan buenos valores. Pero no es menos cierto que, por más que lo intenten, no pueden alterar la impronta de un mundo que yace bajo el maligno. Aún las buenas intenciones de algunos pueden ser utilizadas para fines perversos.

Los preparativos para ejecutar la sentencia contra Daniel se hacían a toda prisa. Para consternación de Darío, tuvo que ser él quien diera la orden de echarle al foso de los leones. Sin embargo, al observar el rostro de aquel anciano, venerable y calmo, aparentemente indiferente a la espantosa muerte que le aguardaba, sintió que aún había esperanza. A diferencia del arrogante Nabucodonosor, que gritó desafiante “a ver qué dios puede librarlos de mis manos”, Darío confió en ese Dios que no conocía, pero por cuya honra estaba dispuesto a sacrificarse un hombre intachable como Daniel. Antes de cerrar la puerta le dijo: “El Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, él te libre”.

Tremendo momento. ¡Que más se puede decir del testimonio de Daniel! Pasaron 70 años de exilio, pasaron reyes e imperios, Pero Daniel seguía siendo Daniel, “de los hijos de los cautivos de Judá”.



El que no se contaminó con lo sacrificado a los ídolos, el que no se amoldó a la cultura del sistema, el que no fue comprado con honores, el que nunca calló su mensaje, por duro que fuese y por loquito que fuera su destinatario. Para este hombre, Dios tenía una última prueba. Aun antes de conocer el final, ya está superada: su nombre era conocido y su servicio fiel, reconocido. Había alcanzado el más alto honor que un ser humano puede aspirar: “téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios” (1 Corintios 4:1). Un epitafio digno de sana envidia.

Finalmente, “fue traída una piedra y puesta sobre la puerta del foso, la cual selló el rey con su anillo y con el anillo de sus príncipes, para que el acuerdo acerca de Daniel no se alterase”. Aunque no es un tipo de Cristo, este acontecimiento recuerda a Otro que también estuvo tras una piedra sellada. Jesús, al igual que Daniel, fue condenado injustamente. El poder humano de turno también aplicó su sello real, pretendiendo impedir el obrar del Dios Todopoderoso. En cada caso, los enemigos pensaron que por fin habían ganado. Pero, como siempre, Dios tendría la última palabra.

Este capítulo, al igual que el 3, abre un debate sobre la posición que debe asumir el creyente frente a las autoridades humanas. No cabe duda que el principio general de las Escrituras es la obediencia a la ley y el respeto a las autoridades, “porque no hay autoridad establecida sino de parte de Dios”. Sean padres, maestros, pastores o gobernantes nacionales, nuestro deber es someternos a su autoridad, “porque quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste” (Romanos 13:1-7).

El mismo concepto encontramos en 1 Timoteo 2:1-3, Tito 3:1, 1 Pedro 2:13-14. Hay una única excepción, enunciada primero por Jesús y aplicada más tarde por sus apóstoles. En efecto, una de las más famosas y citadas frases del Señor es “Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Marcos 12:17). Implica que hay un límite en lo que corresponde a una autoridad humana. La obediencia hacia ella nunca debe conducirnos a desobedecer directamente a Dios. Por eso, ante la orden de Concilio judío de renunciar a predicar el evangelio, Pedro y Juan respondieron: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29).

Por lo tanto, debemos cumplir las leyes. La inmensa mayoría de la ética y los valores de la fe cristiana no contradice ninguna legislación. Cuando Pablo termina de listar virtudes fruto del Espíritu, recuerda que “contra tales cosas no hay ley” (Gálatas 5:22).

Algunas leyes pueden ir en contra de lo dispuesto por Dios. De hecho, hay muchas que permiten y hasta impulsan conductas pecaminosas, pero ninguna de ellas nos obliga a practicar tales cosas. Quizás por ahora la oposición se queda en la intimidación, en burlas, escraches e insultos en las redes. Pero puede pasar de mundo virtual al real. Puede llegar a la agresión física. Puede ser realmente ilegal compartir la fe o predicar el verdadero evangelio, y puede ser real sufrir consecuencias graves por hacerlo. Y si es así, las opciones serán como las de Daniel: correr a escondernos o dejar que nuestra luz brille.



Nosotros somos luz del mundo. Nuestra luz tiene que verse. No solo es nuestra identidad, es nuestra responsabilidad. Somos luz para que otros encuentren el camino de salvación. Nuestro deber es ser “irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo” (Filipenses 2:15).

6.3 El inculpado es vindicado. 6:18-28

Fue una larga noche en el palacio. El rey, consciente de la inocencia de Daniel y en parte responsable de haber propiciado su sentencia de muerte, se fue a la cama sin cenar, sin los habituales entretenimientos musicales y no pudo conciliar el sueño. Apenas amaneció “fue apresuradamente al foso de los leones. Y acercándose al foso llamó a voces a Daniel con voz triste, y le dijo: Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones?” (6:19-20).

Es curioso que Daniel no dice nada de cómo fue su noche entre los leones. Todo indica que no estuvo tan inquieto como el rey. Pues, efectivamente, el Dios a quien continuamente servía se había encargado de protegerlo y vindicarlo delante de todos sus acusadores: “Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo” (6:22).

Aún tratando de ser irreprensibles podemos ser injustamente encastrados (cuanto más si tenemos algunos “muertos en el ropero”). La cuestión es cómo reaccionamos ante las acusaciones infundadas. El mundo nos incentiva a luchar por nuestra reputación. Daniel nos enseña a dejar todo en manos de Dios. Jamás dijo una sola palabra en su defensa. Sabía que el rey lo consideraba inocente, pero no movió sus influencias políticas para liberarse. Simplemente confió en que Dios “exhibiría su justicia como la luz y su derecho como el mediodía” (Salmo 37:6).

No hay mayor ejemplo que el de Cristo: “porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 Pedro 2:21-23).

El rey, que se había sentido burlado en su buena fe, se llenó de inmensa alegría y profunda rabia al mismo tiempo. Alegría porque Dios no solo había preservado la vida de su leal siervo, y también lo había librado a él de cometer una injusticia irreparable.



Entonces “mandó sacar a Daniel del foso; y fue Daniel sacado del foso, y ninguna lesión se halló en él, porque había confiado en su Dios”.

Pero Darío estaba también enojado. Tenía que ajustar cuentas con los que lo habían manipulado: “y dio orden el rey, y fueron traídos aquellos hombres que habían acusado a Daniel, y fueron echados en el foso de los leones ellos, sus hijos y sus mujeres; y aún no habían llegado al fondo del foso, cuando los leones se apoderaron de ellos y quebraron todos sus huesos”. La perversa intriga tramada por los rivales de Daniel había fracasado. Su plan se volvió contra ellos. Aquel que dice “mía es la venganza, yo pagaré” se encargó de hacerlo, sin que Daniel tuviera siquiera que reclamar justicia.

Entonces, Darío firmó un edicto muy diferente al primero. No para ordenar a todos los súbditos de su imperio que le adoraran a él, sino al Soberano Dios de Israel: “El rey Darío escribió a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. De parte mía es puesta esta ordenanza: Que en todo el dominio de mi reino todos teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel; porque él es el Dios viviente y permanece por todos los siglos, y su reino no será jamás destruido, y su dominio perdurará hasta el fin. El salva y libra, y hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra; él ha librado a Daniel del poder de los leones” (6:25-27).

Una vez más, el nombre de Dios fue glorificado en tierras extranjeras por el testimonio valeroso de un hombre que se negó a esconder su luz. Las vivencias de Daniel concluyen con este interesante epílogo: “Y este Daniel prosperó durante el reinado de Darío y durante el reinado de Ciro el persa” (6:28). Fue engrandecido tanto por Darío, regente del antiguo dominio babilónico, como por Ciro, el emperador Persa. Pero no porque era un político sagaz o un administrador eficiente, sino porque en él había un “espíritu superior”. Él vivía para agradar a Dios y Dios estaba con él.

No se salvó porque los leones eran mansitos o estaban llenos. Se salvó porque había confiado en su Dios. La vida de Daniel se podría resumir en una sola palabra: TRAYECTORIA. La historia de un hombre que supo siempre ser fiel a Dios. El Dios de Daniel no era un “bomberito” al que recurría solo en casi de emergencia, ni para los ratos en que el resto de sus ocupaciones le dejaban tiempo libre. Era la razón de su vida. Su causa. Quizás podría haber dicho como Pablo, siglos después:

Para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia. Filipenses 1:21



Algunas preguntas de repaso y reflexión

- ¿Soporta tu vida laboral o estudiantil una investigación minuciosa como la que recibió Daniel?
- ¿Qué deberías cambiar para tener un testimonio luminoso?

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llamadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

